



## PARTE TERCERA

Desde que fuè nombrado confesor de la Reina hasta su muerte.

### CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO FUÉ NOMBRADO CONFESOR DE LA REINA Y DESEMPEÑÓ  
ESTE CARGO

1. Idea del nombramiento.—De quién procedió.—2. Su instalación en Madrid.—Repugnancias á aceptar el cargo de confesor de S. M.—3. Cómo fuè recibido el nombramiento en España y en Roma.—4. Es también nombrado para dar lecciones de religión y moral á la Infanta.—Situación de la Reina.—Calumnias contra los Reyes.—Su defensa.—5. Bien que hizo el Siervo de Dios en Palacio.—6. Cómo desempeñó rectamente el cargo de confesor de S. M.—Testimonio de un Prelado.—7. Cómo correspondió la Reina.—Prueba de gratitud al condecorarle con la Gran Cruz de Carlos III.

1. "Á los pocos días de haber fallecido en España el excellentísimo señor Cardenal Bonel y Orbe, dos de aquellos eclesiásticos á quienes todo el mundo conoce de lejos y los respeta por su ilustración y virtud, pero que pocas personas conocen de vista, porque no suelen presentarse sino cuando son llamados y en donde pueden ser de utilidad, sostenían la siguiente conversación:

"—¡Cuánto convendría ahora encontrar para confesor de su Majestad un sacerdote de buen espíritu, celoso de la gloria de Dios, libre de compromisos con la gente política y bastante desprendido del mundo para no dejarse atar con promesas ni amenazas!

"—Es cierto, tiene Ud. razón.

"—Y no sé quién puede reunir todas esas condiciones.

"—Yo no conozco más que uno; pero está lejos, y...

„—¿Cuál, quién es?

„—El Arzobispo de Cuba.

„—Es verdad, es verdad...: veremos... veremos...

„Uno de los dos eclesiásticos era D. José Tenorio, ya difunto; el otro vive todavía, y me refirió esta conversación en el mismo lugar en que la habían tenido. D. José Tenorio era un eclesiástico muy respetable y respetado en Madrid. Contento con su modesto patrimonio y la sotana de sacerdote, habíase negado constantemente á aceptar toda clase de títulos, incomodándose una vez contra un amigo porque le obtuvo una cruz de Beneficencia. Y por cierto la merecía, pues casi todas las instituciones benéficas de Madrid establecidas en aquel tiempo deben á su celo la existencia. Por esto en la Nunciatura, con frecuencia en el ministerio de Gracia y Justicia y en otros centros eclesiásticos, tenía siempre abierta la entrada, eran atendidos sus consejos y en ocasiones graves se le buscaba para oír su parecer. No sabemos si influyó para que la Reina llamase al P. Claret, ni en ese caso de qué medios se habría valido para lograrlo; pero sabemos que el nombramiento sorprendió á los hombres políticos, que no tuvieron conocimiento de él sino después que el Arzobispo estaba ya en camino (1).„

Es cosa cierta y averiguada, á pesar de cuanto se diga en contrario, que la idea de llamar al P. Claret para confesor de la Reina salió de la misma Isabel II, pues así lo dejó escrito la misma señora en la declaración jurada que prestó en el proceso preparatorio para la beatificación del Siervo de Dios. Yo mismo he leído en el texto original del proceso el autógrafo de S. M., incluido en él, y del que saqué copia para incluirlo como apéndice en la Vida del P. Claret, y en el primer párrafo de dicha declaración dice terminantemente Doña Isabel II: “Yo le elegí para ser mi confesor, porque sabía sus virtudes y me constaba lo santo que era, y se me habían contado varios milagros que siendo Misionero había hecho.„ Ya antes había dicho en Madrid verbalmente lo mismo al reverendo P. Claret, de nuestra Congregación, asegurándole que la elección había procedido de ella, á lo cual le había movido el concepto de santidad en que le tenía y el deseo de librarle

(1) Ilustrísimo Sr. Aguilar, *Vida del Sr. Claret*, cap. LVIII.

de los peligros que le amenazaban en Cuba por el aborrecimiento que le tenían los malos. Y fué, sin duda, particular providencia del Señor el sacarle de allí cuando los enemigos tramaban más contra su vida, y sacarle para un puesto desde el cual continuaría haciendo mucho bien no sólo á una diócesis, sino á toda la Iglesia española.

Para hacer esta elección hubo de luchar la Reina contra la opinión de todo el Ministerio, el cual se resistía á consentir, diciendo que era un Prelado desconocido que no había publicado obra alguna por la cual el Gobierno pudiese formar criterio sobre sus cualidades, y que esto importaba mucho á la Nación, ante la cual tenía que responder el Gobierno de todos sus actos, en algunos de los cuales no podía dejar de influir el confesor de S. M. C. La Reina, empero, se mantuvo firme y atajó á los Ministros con aquel dicho ingenioso de que el confesor y el médico han de ser á gusto del penitente y del enfermo, con lo cual los dejó desconcertados y hubieron al cabo de pasar por ello (1).

2. Ya desde Cádiz había escrito el Sr. Arzobispo á su amigo D. Fermín de la Cruz pidiéndole hospedaje en su casa, lo cual hizo el Siervo de Dios para evitar compromisos, que de seguro no le hubieran faltado. Mucho se alegró D. Fermín con la buena nueva, y el día 26 de Mayo, muy tempranito, se hallaba ya en la estación con otros amigos aguardando al ilustre viajero. A las siete de la mañana llegó el tren en que iba S. E., y después de los afectuosos saludos que se cruzaron, fueron derechamente todos juntos á la iglesia de Italianos, hoy derribada, en donde el Sr. Arzobispo celebró la santa Misa y dió en ella la comunión á varias personas que habían acudido al efecto. Después oyó en acción de gracias la de su Secretario, y se retiró á descansar á la modesta habitación que, conforme á su gusto, D. Fermín le había preparado.

Hallábase ya en Madrid, y no sabía aún para qué; pero todavía no habían transcurrido dos horas desde su llegada, cuando se presentó á la puerta con el coche el Mayordomo de S. M. la Reina para que el Sr. Arzobispo fuera á Palacio. Cuando la Reina le vió delante de sí se alegró en extremo, pues “deseaba con ansia verle, hablarle y desahogar con él su corazón,

(1) Apuntes del Sr. Rovira, 14 de Febrero de 1880.

oprimido con una serie de disgustos graves: le manifestó que quería dirigiese su alma y la de la niña (la princesa Isabel), y que le dijese las verdades con sinceridad y franqueza, que estaba resuelta á cumplir la voluntad de Dios, y, por fin, que quería salvar su alma á costa de cualquier sacrificio (1).» Por su parte el santo Arzobispo la animó y consoló y aun le trazó un plan de vida muy ajustado, mas no se comprometió á aceptar hasta conocer sobre este punto claramente la voluntad de Dios. La Reina, no obstante, mandó que se extendiese desde luego el nombramiento, el cual, después de las tramitaciones legales, se comunicó oficialmente al P. Claret el 5 de Junio, entregándole la real cédula del mismo. Todavía éste no se había decidido á aceptar, por más que el Señor le había ya dado á entender en la oración que tal era su divino beneplácito, pues á más de la repugnancia que por carácter, virtud y educación sentía á este honroso cargo, pesaba mucho más en su balanza la obligación que tenía de atender personalmente al cuidado de las ovejas que en Cuba le habían sido encomendadas, por lo cual no quiso de ninguna manera aceptar en absoluto hasta saber el parecer de las personas que en este caso mejor podían aconsejarle. Entre éstas consultó á su confesor y al Nuncio de Su Santidad, y entrambos le dijeron que en resistir se opondría á la voluntad de Dios, que le llamaba para un puesto tan delicado y de tanta trascendencia para el bien de la Iglesia española. Aquietóse con esto algún tanto y por de pronto aceptó, aunque no sin algunas condiciones que impuso á la misma Reina. Entre éstas fué una el que no había de vivir en Palacio ni se le llamara más que cuando hubiera de cumplir su ministerio; otra que gozaría de toda libertad para predicar y visitar hospitales y casas de beneficencia, y que no se le obligaría á hacer antesalas cuando por cualquier motivo hubiera de ver á la Reina. Todo lo concedió benignamente Isabel II, pues en estas mismas condiciones aprendió á estimar más y más al confesor que la divina Providencia le había dado.

3. El inesperado nombramiento había chocado á todos los políticos y disgustó no poco á la mayoría de ellos, pues como la santidad del Siervo de Dios había repercutido en toda Es-

(1) Carta de D. Felipe Rovira á D. Dionisio González, 7 de Junio de 1857.

paña, los que en sus programas sostenían ideas liberales más ó menos contrarias á la Iglesia temían que hallarían en él un serio impedimento para llegar al poder y hasta pensaron con manifiesta inquietud que se aprovecharía de su ascendiente con la Reina para llamar á regir los destinos de la nación al partido que llamaban reaccionario. Otros, por el contrario, hombres de bien y católicos fervorosos, que no habían tratado de cerca al Siervo de Dios, se disgustaron por motivos opuestos, pues juzgaban al P. Claret como á un alma bendita, cuyo candor é inocencia fácilmente sorprenderían los malos en su favor; mas en general, el nombramiento fué muy bien recibido de todos los católicos y mucho más de las personas más conspicuas entre ellos, que felicitaron de corazón al Varón de Dios por esta distinción, de la que se prometían los mejores resultados para la Iglesia de España. Tal fué, entre otros muchos, el señor Obispo de Gerona, quien, refiriéndose á la condecoración de que pronto hablaremos, le decía en carta del 12 de Enero de 1858: "Hoy dedico unos minutos para felicitarle por la condecoración con que S. M. la Reina acaba de distinguirle, y puedo asegurar á Ud. que yo me alegro, no tanto por lo que es en sí misma la cosa, en que no dudo está Ud. también conforme conmigo, cuanto porque significa el aprecio y estimación que tiene á Ud. nuestra augusta Reina, cuya circunstancia es, sin duda, muy importante y oportuna para el gran bien que Ud. podrá hacer en su elevado cargo de director espiritual de la misma. Sea todo á mayor gloria de Dios."

Empéro los plácemes que más consolaron al P. Claret y le animaron á resignarse en tan delicado oficio fueron los de la Santa Sede. Para tranquilizar su conciencia había escrito el 2 de Julio de aquel año 1857 una carta humildísima en donde le explicaba sus dudas y la repugnancia que experimentaba en permanecer en Madrid mientras seguía pesando sobre él la carga del Arzobispado de Cuba; ponía por ella en manos de Su Santidad la renuncia de la Mitra para el caso en que juzgara que debía permanecer al lado de la Reina, y de todos modos, después de pintarle su verdadera situación, dejaba el asunto á la voluntad del Pontífice, quien, como Vicario de Jesucristo, le diría lo que debía hacer. El 10 de Septiembre próximo respondió Pío IX á la carta del Prelado, y en ella, con su acostumbrado cariño, calmaba las inquietudes del Siervo

de Dios, diciendo: "En verdad, nos es muy sensible ver á la Iglesia arzobispal de Cuba huérfana de tu presencia, venerable Hermano, que por tu eximia religiosidad y celo te esforzabas en cumplir todas las obligaciones de un buen Pastor; sin embargo, nos alegramos de que en el nuevo cargo que se te ha confiado se ofrezca á tu piedad más ancho campo para defender la causa de nuestra Religión santísima en España y procurar su utilidad y prosperidad. Por otra parte, nuestra querida Hija en Cristo, á la cual amamos con grande afecto de nuestra paternal caridad, merece bien todos los servicios y atenciones. Así, pues, por estas Letras y en virtud de nuestra autoridad apostólica, te absolvemos y libramos del vínculo con que estabas unido á la misma Iglesia arzobispal de Santiago de Cuba. Empero, recelando que dicha Iglesia, privada de su Arzobispo, se vea expuesta á graves peligros, es nuestra voluntad que sigas administrando la misma diócesis con todas y cada una de las facultades que al presente tienes, y en las cuales te confirmamos por nuestra suprema autoridad, hasta que el nuevo Arzobispo de Santiago de Cuba que Nos habremos de nombrar, haya tomado con las formalidades del Ritual posesión canónica del Arzobispado. Finalmente: aprovechamos gustosísimamente esta ocasión para atestiguar y asegurarte de nuevo el singular afecto con que te abrazamos en el Señor."

4. Calmadas con la lectura de esta carta las dudas que acerca de la voluntad del Señor podía tener en la nueva posición en que le colocaba su cargo, se aplicó con todo esmero al recto desempeño de él. A los pocos días de haber sido nombrado confesor de S. M. le encargaron también que diera lecciones de religión y moral á la infanta Isabel, la cual tenía á la sazón sólo cinco años. Á estas lecciones asistían con frecuencia los Reyes, que experimentaban gusto especial en oírle, y se aprovechaban de ellas como si á ellos fueran dirigidas. Para disponer á la Reina á cumplir con perfección el plan de vida que le había trazado, le hizo hacer al poco tiempo, bajo su dirección, los ejercicios espirituales, y todos los años continuó haciéndolos en unión de sus camareras y azafatas. A este intento escribió el P. Claret su preciosísimo libro de los ejercicios espirituales, el más hermoso y divino que ha salido de la pluma del Siervo de Dios, en el cual está conteni-

da la quinta esencia de la perfección con tal alteza y ternura de afectos, que por sí solos prueban claramente la santidad de su autor y la celestial sabiduría de que estaba alumbrado, y puede mirarse como el retrato más original y perfecto del santo Prelado. Para uso de los Reyes y de los demás de Palacio hizo también una edición de lujo del *Camino Recto* en la imprenta de Aguado, y desde entonces más que nunca este precioso librito fué el devocionario obligado de todas las personas devotas, las cuales hallaban en él una unción espiritual que, como suave perfume, penetraba y recreaba sus corazones. Merced á las diligencias del Siervo de Dios en el desempeño de su difícil y espinoso cargo, la corte de España presentó en aquel tiempo un espectáculo edificante que no pudieron enteramente obscurecer las infames calumnias levantadas contra el Siervo de Dios y contra los Reyes.

La situación era, en verdad, en extremo difícil. Isabel II, casada de un modo irregular y como por sorpresa con el infante D. Francisco de Asís, y más por miras políticas que por armonía de carácter y afectos, estaba en una pendiente resbaladiza, y para no rodar por ella era menester casi un prodigio de la gracia. Los hombres sensatos adivinaron ya desde un principio lo que después tristemente acaeció. Sin embargo, mientras el P. Claret estuvo al lado de la Reina, los dos esposos vivieron unidos, y aun en los primeros años anduvieron en buena armonía; y si la maledicencia se empeñó en inventar historietas escandalosas para entretener al vulgo y divorciarle de la Monarquía, no pudo probar sus relaciones con testimonio alguno de verdadera gravedad, antes en su modo de obrar demostraron claramente sus torcidas intenciones, porque los mismos que en la oposición tildaban la conducta de la Reina de escandalosa, cuando llegaban al poder, no sólo cesaban de denigrarla, sino que se convertían en panegiristas suyos llamándola la Reina buena y discreta y presentando á D. Francisco como modelo de reyes constitucionales (1). Esto

(1) Véase, como muestra de la singular manera que tenían los periódicos de calumniar á los Reyes, el siguiente episodio que cuenta el Ilmo. señor Obispo de Segorbe: "En los días 10 y 11 de Agosto de 1865, la prensa liberal escandalizaba á España por la presencia del Rey en Madrid mientras la Reina estaba en Zaráuz, no admitiendo que hubiese venido para asistir á su padre moribundo. "El infante D. Francisco, — decía *La Iberia*, — ha mejorado notablemente de

sólo bastaría para desacreditar á los autores de semejantes patrañas; pero tenemos documentos más fidedignos que prueban de un modo positivo que, á lo menos hasta el año 1862, la conducta de los Reyes fué verdaderamente ejemplar desde que el Siervo de Dios entró á ejercer su cargo de confesor de la Reina. El testimonio que voy á presentar es del mismo Padre Claret, quien, entre sus notas de dicho año 1862, dejó escrito acerca de la familia real los siguientes curiosísimos datos:

“En el día, tanto sus Majestades como las camaristas y azafatas, se portan del modo más edificante; oyen la santa Misa todos los días, leen la vida del Santo, rezan el santo Rosario, etcétera, etc., frecuentan los santos Sacramentos. La Reina y la Infanta se confiesan conmigo, y también confieso á muchas azafatas. Todas están siempre ocupadas: la Reina, además de sus devociones y de atender á los negocios de gobierno y de dar audiencia á muchas personas cada día, se ocupa en alguna labor de mano, en pintar algún cuadro, en bordar, etc.; en bordar es regularmente en lo que más se ocupa; el año pasado bordó un almohadón para mi reclinatorio, que está muy bonito, con flores muy hermosas. También se ocupa á veces en hacer colchas á punto.

„La infanta Isabel también está siempre ocupada; además de sus devociones y lecturas piadosas que tiene cada día, pasa mucho tiempo en las varias lecciones que se le dan; en el tiempo de recreación se ocupa en juguetes varoniles y no mujeriles; por manera que en cinco años que la trato, y con muchísima frecuencia, nunca he visto en ella un juguete de niña, sino

„salud, y hasta se sospecha que su enfermedad no fué nunca bastante grande;” y el día 30, á las cinco y veinticinco minutos de la mañana, el infante D. Francisco de Paula entregaba su espíritu á Dios. Llevóse el cadáver á El Escorial, acompañándole el Rey, y los periódicos, insultando el natural dolor del augusto hijo, decían que aprovecharía este pretexto para no volver á Zarauz á juntarse con su esposa; sin embargo, el Rey salió el día 17 de El Escorial y llegó el 18 á Zarauz. Mientras en Madrid se daban á la estampa y eran creídas por muchas personas suposiciones gratuitas y ofensivas á la real familia, el Rey, paseando por los jardines de El Escorial con un respetabilísimo sacerdote que reside hoy en Madrid, le preguntaba: “¿Cuántos días han de durar las exequias? — Nueve;” “¿por qué lo pregunta V. M.? — Porque quisiera ir pronto á Zarauz á consolar á la pobre Isabel, que ha de estar con algún cuidado y muy apesadumbrada, pues quería mucho á mi padre (q. e. p. d.).—Si V. M. quiere irse, no por eso dejarán de celebrarse las exequias. —¿No hay necesidad de que esté presente?— De ningún modo. — En ese caso, me voy á animar á Isabel..”

siempre de niños. (¡Qué bien adivinó el P. Claret lo que la infanta Isabel había de ser con el tiempo!) Á las veces se entretiene en engarzar rosarios con alicates y alambres, aunque también cose y borda muy bien.

„Las señoras de los cuartos de S. M. y de las Infantas siempre están ocupadas, ya en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones, ya en leer algún libro bueno, ya en hacer punto con las agujas, ú otras cosas.

„Yo, no obstante que veo que S. M. se porta muy bien en la moralidad, en la piedad, en la caridad y demás virtudes, y que á su compás marchan perfectamente los demás de Palacio, no sé conformarme ni aquietarme en permanecer en Madrid (1).”

5. Quien lea esta página, escrita con tanta naturalidad, verdad y sencillez, no sólo no hará caso de las especies vertidas en periódicos y folletos de aquel tiempo, sino que aun por ventura se preguntará á si mismo si este modo de vivir se asemejaba más á un convento que á un palacio. No quiero decir con esto que todo lo del Palacio real fuera santo y edificante; había, por desgracia, una cosa que el Siervo de Dios no pudo evitar. El traje de etiqueta que se usaba en la corte era harto escandaloso, y aunque el P. Claret con sus avisos y exhortaciones pudo conseguir que se hiciera más raro el uso de él, no alcanzó á impedir el que alguna vez se emplease. Consta, sin embargo, que la Reina, delante del Siervo de Dios, nunca vistió traje menos decente y decoroso, y que cuando en el teatro y en alguna que otra ocasión solemne hizo uso de vestiduras sobrado escotadas, no era efecto de liviandad que hubiese en la augusta dama, sino de la costumbre que la moda había introducido, la cual hallaba ella muy cómoda en tiempo de verano, pues á causa de su natural obesidad experimentaba extraordinario calor y parecía que se sofocaba mayormente en los puntos cerrados. Claro es que esto no excusa la cosa en sí, pero disminuye su malicia, como disminuía en verdad los malos

(1) Manuscritos del Siervo de Dios. — Ya varios años antes, en una carta escrita á D. Antonio Barjau el 5 de Junio de 1857, le decía lo siguiente sobre la conducta de la Reina: “Apenas supo S. M. mi llegada, que en el mismo día me hizo venir á buscar, manifestándome la alegría y satisfacción que tenía en verme, y me dijo que me llamaba para que yo fuera su confesor. En efecto, conmigo se está confesando cada ocho días. Ayer, á las siete de la mañana celebré Misa en su oratorio y le di la Comunión.”